

RELATOS DE UNA MUERTE

La muerte de Valdivia en la historiografía chilena de los siglos XVI y XVII

Por MARIANA CALDERÓN DE PUELLES (*)

«A dejarlo todo y a poner en manos de Dios la vergüenza de sus faltas. Inés Suárez, Pinel, ¡cuántos recuerdos!... Aún hay tiempo para coger la vida sin término. El Padre Pozo está a su lado y le absuelve... No habrá más angustias ni sobresaltos, sino una dulce esperanza de quietud, de paz... Un desaparecer para recobrase. Un rebrotar paradójico de la nada a la existencia. Porque, ya lo ha dicho su estirpe: *La muerte menos temida da más vida*».

Así termina Jaime Eyzaguirre su biografía novelada sobre Pedro de Valdivia (1). Deja la figura central entregada en el desigual combate tras el cual no queda otra salida más que la muerte. Sin embargo, la muerte no aparece en el relato. Sólo la imagen del hombre, en el último acto de su vitalísima existencia. Técnica de excelente narrador pero, sobre todo, de historiador prudente, porque, en realidad, si algún español vio morir a Valdivia no vivió para contarlo.

Pocas muertes famosas tienen tantas versiones como la de Valdivia. A la falta de testigos españoles se le sumó la superabundancia de testimonios aborígenes. Las voces del arauco llevaron las leyendas de boca en boca: Valdivia había sido masacrado.

Los cronistas, historiógrafos y poetas del ciclo araucano relataron su muerte a partir de fuentes diferentes, nunca claramente confesadas. Algunos callaron demasiado, otros fabularon sin temor. Todos escribieron movidos por algún interés particular, de manera que al hecho no visto se lo recreó desde testimonios orales por cronistas apasionados. Pero, además, se utilizó el hecho real de la muerte siguiendo el tópico de la muerte ejemplificadora.

(*) Universidad Nacional de Cuyo.

(1) *Ventura de Pedro de Valdivia*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1946.

Este trabajo no pretende hacer un estudio detallado de la profusa bibliografía sobre la gesta de don Pedro de Valdivia. Sólo persigue poner en evidencia el alcance de aquella «tendencia a la fabulación» (2) de nuestras letras hispanoamericanas, en el caso de los relatos de la muerte de Valdivia, y que evidencia, en este caso, al historiador escribiendo desde la facción.

LOS PRIMEROS RELATOS

Cuando Miguel Luis Amunátegui (3) aseguraba la cantidad de versiones que sobre la muerte de Valdivia existían, no contaba con la primera y principal de todas ellas: la de Gerónimo de Bibar. En efecto, la crónica de Bibar, escrita en 1558, fue paleografiada por Irving Leonard y publicada por el Fondo Medina en 1966 por primera vez.

Gerónimo de Bibar estaba en Chile desde 1549 y, aunque sus escritos no se publicaron sino hasta mucho después, Mario Orellana asegura que los mismos fueron leídos durante el siglo XVII, fundamentalmente por Diego de Rosales. Bibar conoció a Valdivia en 1548 en el Perú y no en 1540 como se esfuerza por hacernos creer en su crónica, cuando asegura que todo lo que cuenta lo vio con sus propios ojos, desde la primera expedición. De hecho son conocidos los 152 nombres de los que partieron con Valdivia la vez primera y no figura el de Bibar. No era caballero, sino soldado de a pie. No siempre estuvo al lado de Valdivia, justamente, el 1 de enero de 1554, cuando mataron al conquistador, Gerónimo de Bibar se encontraba posiblemente navegando el estrecho de Magallanes. Sí se sabe que el 26 de enero de 1554 estaba en Concepción. El asunto es que en 1558 dio fin a su crónica y luego nada se supo de él.

Pues bien, veamos qué dice la *Crónica y relación copiosa y verdadera de los reinos de Chile* sobre la muerte de Valdivia:

«Acaudilló los indios [Lautaro] y, tomando una pica, escomenzó a caminar hacia los españoles y los indios a seguirle.

Comenzaron a dar de nuevo sobre los españoles, siendo la causa este mal indio y, como los caballos estaban fatigados y los brazos de los españoles cansados, ya a hora de vísperas no se halló el gobernador ni tenía consigo más de nueve españoles y estos malheridos y los caballos maltratados y todos los demás españoles muertos. Ya desconfiando del socorro que aguardaba, se determinó de volverse a Arauco. Como le tenían tomados los pasos, llegó a un pueblo que le dicen Pelmayquen, que

(2) Cfr. Elena Calderón de Cuervo, «La crónica de Indias y el problema de los orígenes de la literatura hispanoamericana», en *Actas del IV Congreso de Literatura Argentina*, UNC, Mendoza, 1987.

(3) *Descubrimiento y conquista de Chile*, Santiago de Chile, Imprenta Chilena, 1862.

sería legua y media que había caminado. En esta legua y media le mataron los siete españoles, y aquí fue el gobernador preso por los indios que, como llevaba el caballo malherido y de aquel día fatigado, le tomaron los indios. Con un yanacóna que allí se halló habló a los indios y les decía que no le matasen, que bastaba el daño que le habían hecho a sus españoles. Así los indios estaban de diversos pareceres, que unos decían que lo matasen y otros que le diesen la vida. Como es gente de tan ruin entendimiento, no conociendo ni entendiendo lo que hacían a esta sazón, llegó un mal indio que se decía Teopolicán que era señor de la parte de aquel pueblo, y dijo a los indios que qué hacían con el apo que por qué no le mataban, "que muerto ése que manda a los españoles mataremos a los que quedan". Dióle con una lanza de las que dicho tengo y lo mató. [...] Llevaron la cabeza a Tucapel y la pusieron en la puerta del señor principal en un palo y otras dos cabezas con ella y teníanlas allí por grandeza, porque aquellos tres españoles habían sido los más valientes, y contaban cosas del gobernador y de los dos españoles que habían hecho aquel día» (4). [...].

¿De dónde obtuvo Bibar esta relato? «*Me informé de yanacónas ladinos e indios que allí se hallaron y escaparon*», agrega el cronista.

El segundo relato de la muerte de Valdivia, en orden cronológico, corresponde a Alonso de Ercilla. En efecto, en la publicación de la primera parte de *La Araucana* de 1569 leemos lo que sigue:

«Era la diferencia incomparable
del número infiel al bautizado:
es el un escuadrón innumerable,
el otro hasta sesenta numerado;
ya la incierta Fortuna variable
que dudosa hasta entonces había estado,
aprobó la maldad, y dio por justa
la causa y opinión hasta allí injusta.

Dos mil amigos bárbaros soldados
Que el bando de Valdivia sustentaban,
En el flechar del arco ejercitados
El sangriento destrozo acrecentaban
Derramando más sangre, y esforzados
En la muerte también acompañaban
A la española gente, no vencida
En cuanto sustentar pudo la vida».

.....

(4) En la página 171 de la edición facsimilar del Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, Santiago de Chile, 1966.

Canta Ercilla cómo los bravos españoles fueron vencidos, la presencia de un capellán que estuvo a su lado, cómo fue tomado por Caupolicán y cómo le pidió a éste que no lo matase. Sin embargo, un anciano, pariente del cacique, aconsejó que se le diera muerte y:

«así el determinado viejo cano
que a Valdivia escuchaba con mal ceño,
ayudándose de una y otra mano,
en alto levantó el ferrado leño:
no hizo el crudo viejo golpe en vano,
que al Valdivia entregó al eterno sueño,
y en el suelo con súbita caída
estremeciendo el cuerpo, dio la vida.

Llamábase este bárbaro Leocato,
Y el gran Caupolicán, dello enojado,
Quiso enmendar el libre desacato,
Pero fue del ejército rogado;
Salió el viejo de aquello al fin barato,
Y el destrozo del todo fue acabado,
Que no escapó cristiano desta prueba
Para poder llevar la triste nueva.

Dos bárbaros quedaron con la vida
Solos de los tres mil, que como vieron
La gente nuestra rota y de vencida,
En un jaral espeso se escondieron;
De allí vieron el fin de la reñida
Guerra, y puestos en salvo lo dijeron,
Que como las estrellas se mostraron,
Sin ser de nadie vistos se escaparon».

No podemos saber si Ercilla conoció la crónica de Bibar. Cuando el primero llegó a Chile, en 1557, la crónica no estaba terminada. En 1558, después del incidente con Pineda, pasó tres meses en la cárcel, volvió luego al combate y en 1559 sale de Chile para siempre. Sin embargo, es probable que haya tenido contacto con Bibar entre 1557 y 1558, pero esas son suposiciones. Tras el cotejo de los relatos sí resulta evidente que el poema de Ercilla se aparta notablemente del de Bibar. Ambos reconocen la misma fuente: indios sobrevivientes que eran fieles a Valdivia. Veamos, pues, las diferencias. Mientras el cronista admite que el conquistador sólo llevaba casi cuarenta soldados y algunos indios, el poeta cuenta sesenta españoles y dos mil indios, luego dice

que quedaron dos bárbaros de los tres mil. La diferencia de mil no es un error menor en este caso. Mientras Bibar señala como promotor de la muerte del conquistador a Lautaro, Ercilla ni siquiera lo nombra en el trance, cargando la responsabilidad en un tal Leocato, de muy poca trascendencia histórica. Mientras el cronista asevera que Teopolicán mató con sus propias manos a Valdivia, Ercilla lo presenta inocente de toda culpa, incluso, resuelto a castigar a Leocato. La muerte contada por Bibar no supone un largo martirio, sino más bien un ensañamiento con el cadáver. La muerte contada por Ercilla resulta rápida y casi insignificante.

Alonso de Góngora Marmolejo publicó su *Historia de todas las cosas que han acaecido en el reino de Chile y de los que lo han gobernado* en 1572 y 1575. Llegó el historiador a Chile en 1549. Su objetivo fue enriquecer el relato de Ercilla cuya primera parte fue la que lo inspiró. De esta manera, Góngora seguirá en cierto modo a Ercilla: ensalza el coraje de los araucanos y muestra una imagen negativa de Valdivia. He aquí su relato de la muerte del conquistador:

«supe de un principal i señor del valle de Chile en Santiago, que se llamaba don Alonso i servia de guardarropa, que hablaba en lengua española, i de mucha razón, que estuvo presente a todo, i escapó en hábito de indio de guerra sin ser conocido» ... «hicieron los indios un dalle fuego delante de él (Valdivia), i con una cascara de almejas de la mar, que ellos llaman pello en su lengua, le cortaron los lagartos de los brazos desde el codo a la muñeca; teniendo espadas, dagas i cuchillos con que podello hacer, no quisieron por mayor martirio, i los comieron asados en su presencia».

Como bien se observa, Góngora inicia el relato de la muerte crueíísima, admitiendo, como fuente principal, lo que le contó un indio cristianizado. Llama la atención que no haya dado lugar al relato de Ercilla en lo relativo a la muerte del conquistador. También es interesante observar cómo se aparta del relato de Bibar, el que pudo no haber conocido. Los historiadores del siglo XIX, como Amunátegui y Barros Arana siguen en este episodio a Góngora por parecerles más fiel y objetivo.

LOS RELATOS DEL SIGLO XVII

Quien inaugura la historiografía del siglo XVII es el Inca Garcilaso (5). Reconoce, en su obra publicada en 1615, que la muerte del conquistador se contó de tres maneras diferentes. Unos dijeron que había sido atado a un palo y que, a pesar de haber pedido clemencia, el mismo Lautaro lo había matado.

(5) En *Comentarios reales de los Incas e Historia General del Perú*, I parte, libro 7, cap. 24.

Otros, que un jefe indio lo había golpeado con una porra. En tercer lugar, había quienes sostenían que le habían atado y cortado pedazos de su cuerpo y se lo habían comido delante de él, «no porque acostumbrasen a comer carne humana, que nunca la comieron aquellos indios, sino por mostrar la rabia que contra él tenían, por los muchos trabajos i muchas batallas i muertes que les había causado».

Nuevamente la fuente confesada por Garcilaso son los testimonios orales, sobradamente privilegiados por él en su historia de los incas. Sin embargo, podemos advertir en estas tres versiones los ecos de los primeros cronistas, Bibar en la primera, Ercilla en la segunda y Góngora en la última.

Mucha fábula debió correr después de esto, ya que cuando Alonso de Ovalle escribió su *Histórica relación del reino de Chile* relató en ella la primera de las versiones más apartadas de la historia ya contada. En la publicación de 1644 se advierten las diferentes versiones sobre la muerte de Valdivia, pero además que oyó decir «habérsele echado oro derretido por la boca» y más adelante agrega:

«Remítome a los que escribirán con más comodidad de averiguarlo: lo que yo hallo probable, por ser mui conforme a la ostumbre de estos indios, es que hicieron trompetas de las canillas de sus piernas, i que guardaron la cabeza para testimonio de tan insigne victoria, i para animar con su memoria a la juventud y descendencia a emprender semejantes hazafías, i mostrarse tan valerosos en ellas, como ellos lo habían sido en esta, i así lo he oído contar» (libro 5, cap. 18).

Esta misma versión del oro aparece en el *Cautiverio feliz y guerras dilatadas de Chile* de Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán, terminado de escribir hacia 1663 aunque no se vio publicado hasta 1863. En la crónica de su cautiverio entre los araucanos, que duró poco más de seis meses, encuentra Núñez un viejo cacique, el cual le relata algunas cosas de la conquista de aquellas tierras, entre ellas, la muerte de Valdivia de la manera siguiente:

«Al gobernador lo cogieron vivo, muy maltratado y cubierto de heridas peligrosas y penetrantes. Y aunque hubo varias opiniones, unas de que lo acabasen de matar, otras de que le otorgasen la vida, prevaleció el voto y parecer de Lautaro, su criado, que se hallaba agraviado de él, a quien la mayor parte del ejército seguía, deseosa de beber chicha en su cabeza y hacer flautas de sus piernas, que dicen que era bien dispuesto. Así, determinaron matarlo luego con un género de tormento penosísimo: llenáronle la boca con oro molido y con un garrote ahuzado de las macanas que llevaban, se lo iban entrando por el gáznate adentro, como cuando se baqueta un arcabuz, y le iban diciendo que pues era tan amigo del oro, se hartase y llenase el vientre de lo que tanto apetecía. Pero, en lugar de oro que presumen algunos, no fue sino tierra que cogían del suelo».

Cabe aclarar que Amunátegui descarta estas dos últimas versiones por tener «*mucho olor a invención de retórica ya que no aparece ninguna alusión a circunstancia tan importante en los documentos i autores primitivos*» (op. cit., pág. 318).

El padre Diego Rosales advierte que la versión sobre el oro debe haber sido tomada del relato de la muerte de Cayo Craso o Dives, el rico. En la historiografía latina es posible que ese relato aparezca en las *Décadas* de Tito Livio, algunas de las cuales se han perdido. Sin embargo, donde hemos hallado la versión sobre la muerte de Cayo Craso es en la *Historia Romana de Tito Livio* de Lucio Anneo Floro (s. I-II), cuya obra resume las décadas y fue de lectura más corriente en la Europa cristiana.

El último texto al que nos vamos a referir es la *Historia General de el Reino de Chile, Flandes Indiano* del Padre Diego de Rosales, a la que hemos aludido anteriormente, escrita hacia 1674. Mario Orellana, que estudia las particularidades de la crónica de Bibar, insiste, por motivos muy bien expuestos, que Rosales debió haber leído la crónica de Bibar (6). Justamente, el episodio de la muerte de Valdivia sigue casi textualmente algunos datos que sólo aparecen en el texto de Bibar, aunque Rosales confiesa haberlo escuchado de viejos caciques. Un aspecto interesante para tener en cuenta es que, aún habiendo leído a Alonso de Ovalle, miembro, como él, de la Compañía de Jesús, no lo sigue en muchas de sus versiones, particularmente en el que nos interesa. Leamos, pues, cómo relata Rosales la muerte de Valdivia:

«Algunos han querido decir que como los partos quitaron la vida a Marco Craso, echándole oro derretido por la boca, que así dieron la muerte a Valdivia, dándole a beber oro para que se hartase su codicia, fundándolo en el aborrecimiento que estos indios cobraron a Valdivia y a los españoles por el trabajo en que los oprimían de sacar oro, costándoles a muchos, palos y azotes las faltas que en el trabajo o en la tarea hacían. Mas, lo cierto es, según refirieron los caciques antiguos, que le mataron a su usanza, que fue poniéndole en medio, atada las manos atrás, y estándole hablando los caciques y baldonándole por haberse querido enseñorear de ellos y de sus tierras, cuando hicieron señas a un capitán que estaba apercebido con una maza, sin que lo viese le dio por detrás un fiero golpe en la cerviz, de que cayó de espalda aturdido, y levantando todos los del cerco la vocería y las lanzas, las tendieron sobre el cuerpo muerto, batiendo con los pies la tierra y haciéndola estremecer para dar a entender que la tierra tiembla de su valentía.

En esto llegó uno y rompiéndole desde la garganta al pecho con un cuchillo, le metió la mano en él y le sacó el corazón arrancándosele, y así palpitando como estaba y chorreando sangre, se lo mostró a todos y untando con la sangre el corazón de

(6) En *La crónica de Jerónimo de Bibar y la conquista de Chile*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1988.

Llama la atención que Rosales insista poseer unos papeles escritos por los que vieron con sus propios ojos los hechos, además de fieles testimonios orales, y no dé el nombre de Bibar.

los toquis y las flechas, le hizo pedacitos muy menudos que comieron todos los caciques y los demás se relamían en su sangre... Cortáronle luego la cabeza y hicieron flautas de sus canillas, y puesta sobre una pica cantaron con ella victoria...».

En este relato aparecen aspectos de sumo interés para nuestro análisis. La alusión a la influencia de las historias latinas en la historiografía hispanoamericana y, en este caso particular, a la muerte de Craso, apodado Dives (el rico), nos abren un camino de interpretación de estos textos que exponemos a continuación.

EL RELATO DE LA MUERTE COMO «EXEMPLUM»

Desde la historiografía latina y, teniendo en cuenta el valor que los relatos de la patria tenían en la educación de los jóvenes de Roma, puede verse de qué manera la muerte de personajes buenos o malos moralmente, era expuesta como ejemplo particular de una enseñanza general. Abundan esos ejemplos en Cicerón, Séneca y Juvenal (7). Durante la Edad Media la muerte ejemplificadora hay que buscarla en los martirologios y las hagiografías, aunque se mantiene como tópico en cualquier crónica o relato. La diferencia fundamental del *loci* en la mentalidad pagana y en la cristiana estriba en el sentido del dolor y en la creencia en la vida después de la muerte. Entre los autores latinos citados, la muerte es, muchas veces, liberación de males peores (8).

En los relatos que hemos comentado, se puede apreciar la constitución retórica de los mismos en variados aspectos. Considerando únicamente los que se refieren a la muerte del conquistador, queremos detenernos en cómo se presenta el hecho como *exemplum* en Ercilla, Núñez de Pineda y Rosales.

En el caso del primero, es por demás conocido el valor moralizante de los exordios con que comienza cada canto. El canto III de *La Araucana* comienza con la exposición del vicio de la codicia, «¡Oh incurable mal!», luego se desciende al caso particular: «A Valdivia mirad», posteriormente el canto relatará la muerte como *exemplum* ya que «codicia fue ocasión de tanta guerra / y perdición total de tanta guerra».

Es cierto que para desgracia de la fama de Valdivia, Ercilla creó un personaje tan malvado como inverosímil que nada tiene que ver con el Valdivia de sus cartas o con el conquistador vital y generoso de Jerónimo de Bibar. Pero el personaje creado por Ercilla tomó vida propia y, su penoso *ethos* ercillano,

(7) De Cicerón en las *Disputas Tusculanas*, Séneca en *Consolación a Marcia* y Juvenal en sus *Sátiras*.

(8) Cfr. Elda Cecco y Angélica Mansilla «Los *exempla* de la muerte oportuna o inoportuna: tradición y originalidad, *Homenaje a Carlos Orlando Nallim*, Mendoza, UNC, 2001, págs. 561-581.

se le impuso a muchos de los cronistas posteriores (9). Así, por ejemplo, en el *Cautiverio Feliz* el relato de la muerte cruel es seguida por esta contestación del cautivo: «Tenéis razón, por cierto —dije al cacique— que ese suceso fue castigo conocido de la divina justicia». Extraña reflexión en un espíritu cristiano como el del cautivo, porque Dios no castiga a los malos con muerte cruel, hay hombres santos que mueren en el dolor y malvados que mueren casi sin darse cuenta. Más bien existe en Pineda y Bascuñán una apropiación de la figura ercillana.

El *exemplum* en Rosales reviste características diferentes. Fiel a su condición de jesuita, la finalidad moralizante es el alma de su historia, no por ello menos verídica. En orden contrario al de Ercilla, coloca primero el relato de la muerte y luego reflexiona de la siguiente manera:

«Este fatal suceso tuvo este valeroso y siempre invicto general hasta este último lance, y este desengaño nos dejó de la inconstancia de las felicidades desta vida, pues cuando por sus pasos tan alentados llegó a lo alto de la mayor fortuna, ésta, que es voluble, cuando más le encumbró tanto con mayor velocidad le abatió a verse hecho ultraje de aquellos a quienes a fuerza de armas y con sobra de valor sujetó. Bien nos enseña esta tragedia que ni la hacienda, ni los tesoros, ni el mando, son bienes de dura, sino como nubes que vuelan y se desvanecen, o exhalaciones que con la facilidad que suben se desaparecen... Y aunque soldado y tan de la vanidad y de la gloria mundana, tuvo muchas cosas buenas que le aprovecharán en el cielo...».

ENTRE LA HISTORIA Y LA POESÍA

Los relatos de la conquista y colonización del Nuevo Mundo marcaron los orígenes de nuestra literatura hispanoamericana. Las crónicas, cartas, relatos, historias, se configuraron, desde Colón, como escritos híbridos entre la memoria personal, el testimonio jurídico, el documento público, la autodefensa, el ataque y la recreación poética. Así la historia de la conquista fue narrada con verdad y sin ella, pero siempre con encendida pasión y un determinado interés de persuasión.

Así como muchos relatos se apartaban gravemente de la verdad histórica, trazaban, al mismo tiempo, la primera proposición de una disputa de siglos. Tal el caso de la denuncia de Bartolomé de las Casas.

Pero a tales actitudes se agregó la personalidad de aquellos hombres que hicieron la conquista, porque en ellos se forjó un *ethos* especial ante el cual la

(9) Seguimos en esta idea la investigación de la Dra. Elena Calderón de Cuervo expuesta en su artículo «La encrucijada discursiva entre historia y literatura en las crónicas de la conquista de Chile», *Anales de Literatura Chilena*, Santiago de Chile, año II, n.º 2, 2001.

historia retrocede y la poesía avanza. La gesta de Cortés, aun contada con la mayor frialdad científica, entra por sí misma en la diégesis de la épica, pues es sólo allí donde un grupo de buenos soldados puede vencer la ferocidad de un imperio. La aventura de Alvar Núñez, tal como él mismo la relata, llena las páginas de una entretenidísima novela de viaje y de autoformación. Del hecho objetivo a la creación literaria hay, en estos casos, un camino muy estrecho. En rigor, no es necesario acudir a la ficción, puesto que la realidad relatada la supera, en mucho casos.

Don Pedro de Valdivia se enfrentó a un pueblo de aborígenes rebeldes y crueles. Hombre de la España católica, soldado vigoroso y valiente, capitán determinado y justo, entregado a sus deberes con sobrada vitalidad y astucia, según lo que podemos suponer de su primer cronista. No pasó por la historia sin dejar rastro, ni granjearse amores ni odios, como cualquier hombre grande. Pero murió sin dejar testigos veraces y este hecho, sumado a la rivalidad de sus enemigos, a las leyendas de los araucanos y al discurso de origen lascaiano, estableció las bases de tantas versiones encontradas y contradictorias.

Todo esto pone de manifiesto, una vez más, que las letras hispanoamericanas son un tejido colorido y complicado, hecho con madejas de historia en las manos de un fabulador y la historiografía recoge los tejidos de esas fábulas tratando de encontrar en ellas el rastro del hecho verídico, en los historiadores más auténticos, o fabulando científicamente en la mayoría de los casos.